

LA OBRA MAESTRA DEL CRIMEN
Y OTROS RELATOS



J e a n R i c h e p i n



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

JEAN RICHEPIN

LA OBRA MAESTRA DEL CRIMEN Y
OTROS RELATOS



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Jean Richepin

Nació el 4 de febrero de 1849 en Médéa, Argelia. Fue poeta, novelista y dramaturgo.

Inició su actividad literaria con la poesía. Más adelante, publicó *La canción de los mendigos* (1876), una de sus obras más reconocidas, con la cual logró notoriedad; sin embargo, también le valió un mes de encarcelamiento, debido a que se consideró que había atentado contra las buenas costumbres. A pesar de ello, siguió con obras como *Mes paradis* (1894), *La mer* (1896), *Interludes* (1922) y *Les glas* (1922). También realizó textos en prosa, entre los cuales destacan *Les étapes d'un réfractaire* (1872), *La glu* (1881), *Quatre petits romans* (1882), *Miarka, la fille à l'ourse* (1883), *Braves gens* (1886), *Contes de la décadence romaine* (1898), *Contes espagnols* (1901) y *Contes sans morale* (1922).

Falleció el 12 de diciembre de 1926 en París.

La obra maestra del crimen y otros relatos
Jean Richepin

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zeceovich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegria
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LOS DOS RETRATOS

Se sabe que a los orientales no les gusta encargarse que les hagan su retrato.

Tienen la superstición de creer que hay que coger un poco del alma del modelo para animar la imagen, y que de esta forma el retrato se vuelve una especie de doble del retratado, que, sobreviviéndole, sigue sometido a las aventuras, los peligros, sufrimientos y pasiones de la existencia terrenal.

Después de todo, quizá no sea una superstición, y haya algo de real en esa creencia quimérica. El artificio de la naturaleza, dice Bossuet, es inexplicable. El del arte no lo es menos. Todo es posible. ¡Quién sabe!

Un sabio de oriente no se sorprendería con toda seguridad ante la asombrosa historia siguiente. No solo la hubiera encontrado verosímil, sino totalmente natural. Más bien lo que le habría asombrado es que pudiera calificarse de sorprendente. Para mí, aunque no me repugna compartir la extravagante opinión de los orientales sobre la supervivencia de los retratos, confieso que esta historia me ha parecido algo extraña. La contaré, además, sin tratar de esclarecer su misterio, aunque sin exagerarlo, y dejando a los espíritus positivistas y

escépticos la tarea de decidir si hay en ella un misterio de singular magia o solo se trata de su apariencia.

En una tienda que frecuento encantado, como aficionado más que como comprador, regalándome la mirada entre antiguos cuadros, preciosas estampas, libros raros, objetos decorativos y de arte, muebles, curiosidades, antiguos paños, observé un día dos retratos bastante bellos que atraieron mi atención precisamente por su intensidad de vida.

Desde luego, no estaban mal pintados, y se debían, sin duda, a algún buen retratista de la escuela inglesa en floración a principios de este siglo. Pero en su factura demasiado correcta no llevaban la marca de un maestro, ni siquiera de un maestro oculto que hubiera producido aquellas dos obras maestras desconocidas. Se notaba en ellos el oficio conocido y seguro de un honrado alumno sin genio, y nada más. En resumen, como cuadros, y desde el punto de vista puramente pictórico, no tenían gran valor.

Pero debían haber sido de un parecido extraordinario con los modelos. Eso se adivinaba enseguida, sin que fuera necesario haber visto a esos modelos. Y en este

punto la idea de los orientales se imponía. Evidentemente, para animar hasta tal extremo aquellas efigies había sido necesario robar un poco de su alma a los retratados, y era esa alma la que seguía iluminando los ojos, de forma tan ardiente, espléndida y maravillosamente vivos, de los dos retratos.

Esa alma, por otra parte, tanto en uno como en otro, era muy especial y característica. Era un alma de odio.

No obstante, el odio brillaba de distinta manera en las dos miradas, y el artista había sabido reproducir esa diferencia con una fuerza y una nitidez de expresión que permitían leer plenamente, sin vacilación ni incertidumbre posible, los sentimientos actuales de los dos personajes.

Y digo actuales a propósito. Porque los sentimientos que habían palpitado en aquel hombre y en aquella mujer mientras les habían hecho su imagen, seguían desde luego palpitando todavía en ellos.

El hombre tenía un hocico de dogo, ancho y lampiño, de belfos pesados que levantaba por un lado un diente prominente en forma de gancho, cuello corto y con

abundante pellejo, triple mentón realizado por un envaramiento del uniforme militar de color rojo de carnicero; y la ferocidad de toda aquella cara bestial se resumía y concentraba, irradiada por unos ojillos agudos, crueles, levemente cegatos, de pupila verde oscura, casi de jugo de bilis, de esclerótica amarillenta y sanguinolenta.

La mujer, bellísima, con cabeza de *keepsake*¹ de rizos rubios y vaporosos, todo dulzura gracias a unos rasgos menudos, infantiles, y a una piel de nata batida de fresas, tenía unos ojos grandes de un azul muy claro, pero evocando el pensamiento de un lago profundo y mortalmente frío, cuyas aguas debían beber despacio, envolver en una mortaja de parálisis, y helar como la cicuta.

Y el odio del hombre, violento, brutal, asesino, congestionado, explosivo, estallaba con rabia hacia la mujer. Y el odio de la mujer, paciente, solapado, venenoso, lívido, rastrero, desenrollaba serpentinemente sus anillos lánguidos y atroces hacia el hombre.

1 Término inglés derivado de la expresión *keep for my sake* («guárdese por amor a mí») con el que se designaba una especie de libro sin valor utilitario, pero de apariencia muy cuidada, con papel de gran calidad y cubierta satinada de muaré, que contenía poesías, fragmentos en prosa y grabados; servía de regalo y de recuerdo personal.

Pregunté al comerciante el precio de los dos retratos. Me hizo una larga perorata sobre la escuela inglesa, sobre la perfecta conservación de los lienzos, que procedían directamente de la galería Mansfield, y representaban precisamente a dos miembros de esa ilustre familia, a lord y lady Mansfield, célebres por cierto proceso que había sido muy sonado en Londres, en 1828.

Por último, después de tanta salsa para que yo tragase su pescado, me lo sirvió por un precio exorbitante que no pude comprometerme a pagar. Y dejé los dos retratos en la tienda, que siguieron mirándose con aquellos ojos de odio siempre vivo y siempre actual.

Pocos meses después, hallándome en Inglaterra, volví a pensar en los dos retratos cuyo recuerdo me obsesionaba debido a sus extrañas miradas, y sentí curiosidad por saber quiénes habían podido ser aquel lord y aquella lady Mansfield, de odio tan trágico, tan tenaz, y aún sin apagar a pesar del mucho tiempo que debían de llevar muertos.

Un amigo mío, gran rebuscador de bibliotecas y especialmente aficionado a las causas célebres, me informó enseguida. Conocía muy bien el proceso de

1828, que, en efecto, había hecho en el pasado cierto ruido en Londres.

—¡Oh! —me dijo—, no por causa del crimen en sí mismo, que no fue sino bastante vulgar; el escándalo fue debido únicamente al rango ocupado en la *gentry*² por los criminales.

Y me contó la novela de lord y de lady Mansfield, que no me pareció tan vulgar como él quería decir.

Porque sí, de hecho, las circunstancias no fueron diferentes de lo que son, por lo general, en este tipo de crímenes pasionales, por mi parte sabía cuán exaltados y feroces habían debido de ser los sentimientos en la perpetración de aquellos crímenes, lo sabía por los ojos de los dos retratos, que seguían viviendo de forma tan prodigiosa y terrible en el cielo como lo estaban en la eternidad.

Lady Mansfield había engañado al lord. Él se había dado cuenta. Había matado al amante a puñetazos, y se había librado de ese crimen aduciendo un caso de legítima

² *Gentry*: Nombre dado en Inglaterra a la nobleza no titulada, es decir, a cualquier descendiente sin título de un par, un caballero, así como escuderos y alta burguesía.

defensa y por medio de armas naturales, luego había seguido conviviendo con su mujer para martirizarla. Seis años más tarde había muerto, dejándole toda su fortuna, que era colosal. Los herederos habían acusado entonces a lady Mansfield de haber envenenado al lord, después de haber redactado un falso testamento. Ella había perdido el proceso y se había ahorcado en la cárcel. Esta era la célebre causa que había hecho cierto ruido en Londres, en 1828.

De vuelta en París, corrí a la galería de arte, decidido, no a regalarme, a pesar de su precio, los dos retratos, que eran realmente demasiado caros para mi pobre bolsa, sino con la sed de volver a ver aquellas miradas que llameaban de un modo tan frenético aquellos odios siempre vivos.

—¡Ah! —me dijo el vendedor—, habría debido usted comprarlos. Estarían en su casa, mientras que ahora están perdidos, perdidos para usted, para mí, para todo el mundo. Dos muestras tan bellas de la escuela inglesa que...

Corté en seco su perorata retrospectiva y le pregunté deprisa qué quería decir. Me lo explicó, indicándome los

dos lienzos. En una mudanza que había tenido que hacer, se había cometido una torpeza, se había producido una caída. Resultado: un frasco de ácido sulfúrico se había roto sobre la cara del hombre, que ya no era más que una papilla negra, y el otro retrato había caído sobre un lustro de hierro forjado, cuyas puntas habían reventado los ojos de la mujer.

—Vaya chasco, ¿no le parece? —gemía el vendedor—. ¡Eso sí que es un azar desgraciado! ¡Se diría hecho a propósito!

Y yo pensé en voz baja:

«Tal vez lo sea».

LA OBRA MAESTRA DEL CRIMEN

*A la memoria de Adrien Juvigny.
El ojo del público es un aguijón de gloria.*

Stendhal

I

¡Qué mala suerte! Tenía por nombre de bautismo Oscar, por apellido familiar Lapissotte; era pobre, carecía de talento, y se creía un hombre de genio.

Su primer cuidado, al entrar en la vida, fue adoptar un seudónimo; su segundo, tomar otro; y así sucesivamente, durante diez años, utilizó todos los vocablos fantasiosos que pudo imaginar para despistar la curiosidad de sus contemporáneos.

Por otra parte, esa curiosidad, que fingía temer y que, en cambio, codiciaba con todas sus fuerzas, no pretendía atravesar las espesas tinieblas de su existencia. Bajo todas sus etiquetas prestadas, ya se hiciera llamar Jacques de la Mole, Antoine Guirland, Tildy Bob, Grégorius Hanpska, ya se emperejilase con desinencias nobles, plebeyas,

extranjeras, románticas o modernas, no dejaba de seguir siendo el más desconocido de los plumíferos, el más oscuro de los incomprendidos y el más pobre de los literatos. La gloria no quería nada con él.

«*E pur, si muove*³! ¡Tengo algo!», se decía convencido, golpeando con su dedo la caja ósea de su cráneo, que le parecía profundo porque sonaba hueco.

Son increíbles las aberraciones a que puede llevar la vanidad literaria. Hay hombres de verdadero talento a los que ha impulsado a ridiculeces inconcebibles, e incluso a los que ha inducido a cometer actos vergonzosos u odiosos. ¿Qué ocurre, pues, cuando agita a un miserable de una nulidad manifiesta? Agotada la paciencia, amargado el orgullo, alcanzada la impotencia, una vida echada a perder por una esperanza inútil y tenaz...; no se necesita tanto para inspirar la idea de acabar mediante un suicidio o de salir de ella por un crimen.

Oscar Lapissotte no era lo bastante valiente para elegir la muerte.

3 «Y sin embargo se mueve», frase que la tradición atribuye a Galileo después de abjurar de su visión heliocéntrica de la Tierra ante el tribunal de la Inquisición.

Además, sus pretensiones a la superioridad intelectual encontraron alimento en la resolución de un crimen. Se dijo, en efecto, que su genio había equivocado el camino hasta entonces aplicándose a los sueños del arte, y que estaba destinado a las violencias de la acción. Por otro lado, el crimen le reportaría una fortuna, y la riqueza sacaría a plena luz aquella mente transcendente que se marchitaba en la pobreza. Artística y moralmente, el incomprendido se probó a sí mismo, por lo tanto, que era necesario cometer un crimen.

Y lo cometió. Y como si la realidad quisiera darle la razón, por primera vez en su vida hizo una obra maestra.

II

Unos diez años antes del día en que se convirtió en un malvado, Oscar Lapissotte había vivido en el sexto piso de una casa de la calle Saint-Denis.

Perdido en medio de una treintena de inquilinos, conocido solo bajo uno de sus numerosos seudónimos, había sido amante de una vieja criada charlatana que le contaba todas sus pequeñas historias. Ella servía a una viuda muy mayor, enferma y extremadamente rica. Por otra parte, él no había vivido en aquella casa más que un mes apenas.

Una noche que acababa de dejar a un amigo internado en la Pitié⁴, al pasar por una sala para irse, reconoció a la criada, que estaba moribunda. Ella le dijo que no vivía en casa de la viuda desde hacía tres semanas, que la habían sustituido por el momento por una asistenta, que su ama

4 El Hôpital de la Pitié fue creado en París hacia 1612; Luis XIII lo convirtió en lugar de encierro disciplinario para mendigos y vagabundos. En 1911 fue desplazado junto al hospital de la Salpêtrière, con el que se fusionó en 1964 para formar el actual Centro Hospitalario de la Pitié-Salpêtrière.

estaba demasiado enferma para venir a visitarla, y que eso era muy desolador.

—Lo comprendo —dijo Oscar—. Quisiera usted verla, ¿no es cierto?

—¡Oh!, no es por eso. Es que tengo miedo a que, si muero aquí, la señora lea todas las cartas que he dejado en su casa y me desprecie después de mi muerte.

—¿Y por qué habría de despreciarla?

—¡Escuche! Voy a decirle toda la verdad. Usted ha sido mi amante, pero hace tanto tiempo que pasó que puedo confesarle que he tenido otros amores. No me odia por ello, ¿verdad? Además, ya sabe que yo no era lo que usted necesitaba. Usted es un artista, un hombre de mundo. Usted me tuvo de pasada, sin darle la menor importancia. Pero en la casa tengo un tipo de hombre que es de mi clase, un cochero, y si la señora lo supiese sería mi perdición. ¡Y he hecho tantas cosas malas por él! ¡Ah, el muy granuja! Estaba loca por él. Es el padre de mi hijo; por eso pasé por donde quiso. Siempre me prometía reconocerlo y casarse conmigo. Hoy veo de sobra que todo eso era mentira, ¡pero no importa! Mi pequeño

no será desdichado con lo que le dejo, y la señora es bastante buena para cuidarlo también; porque le escribí a la señora que tenía un hijo. Tengo la carta allí, debajo de mi almohada, y quiero que se la entreguen cuando yo ya no esté, pero solo si mis papeles son quemados antes. Porque, de lo contrario, antes me comería la carta. No quiero que la señora sepa todo lo que he hecho. No tendría ninguna piedad con el crío si supiera que es el hijo de una desvergonzada y de una ladrona.

—Vamos, vamos, mi querida amiga —dijo bruscamente Oscar—, explíqueme mejor su situación. Habla demasiado deprisa, lo embarulla todo y tengo que estar al corriente con claridad si quiere que le haga un favor. No pido nada más, a ser posible; pero necesito comprender bien.

En ese momento, Oscar Lapissotte no pensaba para nada en el crimen. Se dejaba llevar simplemente por su curiosidad de escritor, olfateaba una novela y se preparaba la «copia».

—Bueno —continuó la criada—, de acuerdo. Trataré de ser clara. Caí enferma de repente, de un ataque de apoplejía, en la calle, y me trajeron al hospital. La señora

me dejó aquí, porque no podían trasladarme a su casa. Le escribí, y ella me respondió. Su asistenta vino de su parte. Pero no pude decirle ni a la señora ni a la asistenta lo que me atormenta. Tengo un paquete de cartas del cochero, ya sabe, del padre. En esas cartas hay todo tipo de cosas infames, de robos que él me aconsejaba y de las gracias que me daba cuando yo los había cometido. Porque he robado, sí, he robado por él, robado a mi ama. Habría debido quemar esas malditas cartas. Pero también había en ellas zalemas y promesas de matrimonio, y promesas de que reconocería al pequeño. Por eso las guardaba. Un día, el muy sinvergüenza me amenazó con quitármelas para comprometerme. Le negaba dinero y él me dio a entender que, una vez dueño de los papeles, haría de mí cuanto quisiera. Tuve un miedo de todos los diablos. De cualquier forma, no quise desprenderme de las cartas. Para ponerlas a salvo, pedí a la señora confiarle documentos familiares que me importaban mucho, y por eso guardé mis cartas en su escritorio. La señora me dio un cajón para mí, con la llave. Sé de sobra que podría mandar a decirle que necesito mis papeles. Pero desconfío de la asistenta, que me los traería. Por algunas palabras que me ha soltado, creo adivinar que ahora también tiene al cochero. Es un zalamero, se lo digo

yo. Y, si la engatusa, es para conseguir el paquete cuyo escondite conoce. ¿Comprende ahora mi apuro? ¡Oh, si usted fuera bueno! Es cierto que no lo merezco, pero sería tan bello de su parte hacerme ese favor.

—¿Qué favor?

—Traerme mis cartas.

—Pero ¿cómo quiere que las consiga?

—Verá, es muy sencillo. Por la noche, hacia las diez, la señora toma su cloral para dormir, y duerme como un tronco desde ese instante. Durante ese tiempo, la asistenta no está allí, porque se va a las siete, después de la cena. Como bien puede suponer, la señora no le ha dicho que toma cloral, por miedo a que la robase. Solo me lo decía mí, en quien la pobre tenía plena confianza. Pues bien, si usted entrase entonces, ella no lo oiría, y podría salir y traerme mis cartas. Además, no lo vería nadie. Como sabe, hay dos entradas en la casa. Por la escalera de servicio el portero no se enteraría de nada. ¡Oh, hágalo por mí, diga que sí!

—Pero está usted loca. Y el escritorio, ¿cómo abrirlo? Y la puerta del piso, ¿cómo salvarla?

—Tengo una llave doble del escritorio. La hice fabricar para mi vergüenza, para robar a la señora. Aquí está, junto con la de mi cajón. Aquí tiene también la llave para entrar por la cocina desde la escalera de servicio. Se lo suplico. No sé por qué, pero confío en usted, estoy segura de que lo hará para que yo pueda morir en paz.

Oscar Lapissotte cogió las llaves. Tenía los ojos fijos. Una palidez súbita cubría su rostro. Contracciones nerviosas estiraban el pliegue de sus delgados labios. Bruscamente se le había aparecido la posibilidad del crimen. Muerta aquella mujer, la cosa sería fácil de ejecutar.

—¡Oh, me ahogo, me ahogo! —dijo la enferma, a la que su larga confianza había agotado—. ¡Agua! ¡Deme de beber!

El dormitorio estaba en penumbra, vagamente iluminado por una lamparilla. En las camas vecinas todo el mundo dormía. Oscar levantó la cabeza de la enferma, retiró la almohada y se la puso sobre la boca donde la

mantuvo con puño de hierro por lo menos durante diez minutos. Tuvo el espantoso valor de aguardar, reloj en mano.

Cuando dejó al descubierto la cara, la enferma estaba asfixiada. No había podido hacer ningún movimiento ni lanzar un grito. Parecía haber sucumbido a una congestión. Volvió a poner la almohada debajo de la cabeza, subió las mantas hasta el mentón. El cadáver parecía dormir.

Como la cama de la criada estaba bastante cerca de la puerta, el asesino salió sin ruido. Enfiló el corredor de los internos, pasó por una puerta de la calle de la Pitié, y se encontró fuera sin que lo vieran.

Eran las nueve y veinte.

Sin pérdida de tiempo, arrastrado por la fiebre de la ejecución, el miserable se dirigió a zancadas hacia la calle Saint-Denis. Entró en la casa antes de las diez.

En el camino había madurado todo su plan.

Penetró primero en la cuadra, donde debían de estar las cosas del cochero. Cogió una fusta, le arrancó un pequeño trozo y se lo guardó en el bolsillo.

Luego subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera de servicio. Era en el primero, y se podían salvar los dieciocho escalones sin riesgo de que lo vieran.

Abrió la puerta, entró sin ruido, llegó al dormitorio, y de un golpe estranguló a la anciana que dormía. También allí tuvo la sangre fría de tener la garganta apretada durante un buen cuarto de hora.

Abrió luego el escritorio. En el gran cajón del medio había acciones y obligaciones; en el cajón de la izquierda, billetes de banco; en el de la derecha, cartuchos de luses⁵. Hizo una selección de títulos al portador y dejó los otros. En total, títulos, oro y billetes había ciento cuarenta mil francos, con los que se llenó los bolsillos.

Se ocupó luego de las cartas. No le costó encontrarlas en el rincón, arriba, donde la criada le había dicho que estaban.

5 Nombre habitual de la moneda de oro francesa mandada acuñar por Luis XIII; operó entre 1640 y 1792. Luego se dio ese nombre a la moneda de veinte francos.

Las quemó en la chimenea, pero teniendo cuidado de dejar intactos los trozos más comprometedores para la crida y el cochero. Solo algunos, bien elegidos, bastaban para reconstruir toda la historia del hijo, incitaciones al robo, los robos cometidos. Los dejó en lugar visible, junto a la pantalla de la chimenea, admirablemente colocados para hacer creer que los habían quemado apresuradamente y que se habían ido antes de que se hubieran consumido por completo.

Arrugó y desgarró el trozo de fusta en la mano derecha, cerrada y crispada, de la muerta.

Entonces salió, escapó como un relámpago hasta la calle, e inmediatamente se puso a caminar con el paso tranquilo y distraído de un soñador.

Decididamente, Oscar Lapissotte no se había engañado al creerse un hombre de genio. Tenía el genio del crimen y había trabajado con mano maestra.

III

De hecho, un crimen solo es verdaderamente una obra maestra si el autor queda impune. Por otra parte, la impunidad solo es completa si la justicia condena a un falso culpable.

Oscar Lapissotte consiguió la impunidad completa.

La justicia no dudó un solo instante para encontrar al asesino. Evidentemente, era el cochero. Los fragmentos de las cartas eran indicios infalibles. ¿Qué otro cochero, amante de la criada, podía conocer tan bien las cosas favorables al crimen? ¿Qué otro podía tener las llaves? ¿No había empezado por robar a la viuda de acuerdo con la criada? ¿No era lógico que hubiera franqueado el paso que separa el robo del asesinato? Además, el trozo de fusta acusador hablaba con toda claridad. Para colmo de desgracia, el cochero tenía malos antecedentes. Como última circunstancia abrumadora, no pudo justificar en qué había empleado el tiempo en la hora fatal. Por más que negó y protestó de su inocencia, todo estaba en su contra, nada lo defendía.

Fue juzgado, condenado a muerte, ejecutado; y los jueces, los jurados, el abogado, los periódicos, el público se pusieron de acuerdo para tener la conciencia tranquila. Solo quedó un punto oscuro en su caso, y es que no se pudo encontrar la fortuna. Se pensó que el granuja la había escondido en lugar seguro, pero nadie dudó de que la hubiera robado.

En resumen, si alguna vez un criminal fue reconocido culpable de su crimen, fue este.

IV

Se dice que la conciencia de una buena acción da una profunda paz. Pero pocas personas han tenido la audacia de decir que la impunidad de una mala acción procura también la felicidad. Barbey d'Aurevilly, entre sus admirables *Diabólicas*, no ha temido escribir una novela corta titulada *La felicidad en el crimen*, y tenía razón, porque los malvados conocen la serenidad.

Oscar Lapissotte pudo gozar plenamente de su doble crimen y saborear los frutos de una serenidad absoluta. No sintió remordimientos ni terror. Lo único turbador que experimentó y que aumentó poco a poco fue un orgullo inmenso.

Orgullo de artista sobre todo. Lo que le hizo olvidar toda consideración moral fue precisamente la perfección de su obra, y el sentimiento que tenía de haberse comportado realmente de forma impecable.

Ahora bien, su sed de superioridad solo en esto encontró dónde abrevar hasta la ebriedad.

En todo lo demás seguía siendo un hombre mediocre, oscuro, justamente desconocido. Por más que hubiese aprovechado su nueva fortuna para forzar la puerta de periódicos y revistas; por más que hubiese festejado a la crítica, seguía sin poder hacerse escuchar del público. Sus versos, su prosa, sus ensayos de teatro estaban marcados en el rincón de la nulidad. Las gentes del oficio conocían un poco a Anatole Desroses, el literato aficionado que tenía más rentas que talento; pero los lectores se burlaban de sus rentas, y todo el mundo estaba de acuerdo en negarle incluso la más pequeña brizna de talento. Estaba debidamente convencido de impotencia.

Y, sin embargo, se decía a veces con un brillo en los ojos, ¡si yo quisiera! ¡Si contase mi obra maestra!, porque he hecho una obra maestra. Para él no había duda. Anatole Desroses quizá era un cretino, de acuerdo; pero Oscar Lapissotte es un hombre de genio. De cualquier modo, es espantoso pensar que una cosa tan bien maquinada, tan enérgicamente concebida, tan vigorosamente ejecutada, tan completamente lograda, permanecerá eternamente desconocida. ¡Ah!, ese día tuve la inspiración, la verdadera, la que hace las cosas perfectas. ¡Dios mío!, el abate Prévost garrapateó más de cien novelas detestables

y solo escribió una *Manon Lescaut*. Bernardin de Saint-Pierre solo dejará *Pablo y Virginia*. Hay muchos genios singulares que solo producen una obra. ¡Pero qué obra! Queda como un monumento en la literatura. Y yo pertenezco a esa familia de espíritus. Solo he hecho una cosa bella. ¿Por qué la he vivido en lugar de escribirla? Si la hubiera escrito, sería célebre. Solo tendría un cuento que enseñar, pero todo el mundo querría leerlo, porque sería único en su género. He hecho la obra de arte del crimen.

A la larga, esta idea se convirtió en obsesión.

Luchó contra ella durante diez años. Se dejó devorar, primero por la pesadumbre de no haber cometido el sueño en lugar de la acción, luego por el deseo de contar la acción como un sueño. Lo que lo atormentaba no era el demonio de la perversidad, ese poder singular que empuja a los personajes de Edgar Allan Poe a gritar su secreto, era solo una preocupación literaria, la necesidad de fama, el prurito de la gloria.

Como un sutil consejero que refuta una a una las objeciones y hace valer los argumentos capciosos, su idea fija lo perseguía con mil razonamientos:

«¿Por qué no habrías de escribir la verdad? ¿Qué temes? Anatole Desroses está al abrigo de la justicia. El crimen es viejo. Está olvidado para todo el mundo. Su autor es conocido, está muerto y enterrado con su cabeza entre las piernas. Parecerá que has arreglado artísticamente una antigua historia judicial. Meterás en ella todos tus pensamientos oscuros, todos los rencores que te han empujado al crimen, todas las habilidades que pusiste a contribución para cometerlo, todas las circunstancias que te proporcionó ese maravilloso inventor que se llama el azar. Tú eres el único que está en el secreto de la obra, y nadie adivinará que buceaste en él en la realidad. En tu cuento solo se verá el esfuerzo de una imaginación extraordinaria. Y entonces serás el hombre que quieres ser, el gran escritor que se revela tarde, pero con un golpe de maestro. Gozarás de tu crimen como nunca criminal alguno ha podido gozar del suyo. De él habrás sacado no solo la fortuna, sino también el laurel. ¿Y quién sabe? Después de ese primer éxito, cuando tengas un nombre, harás leer tus otras obras, y se volverá sin duda sobre la injusta opinión que se tiene de ti. En el camino de la celebridad, solo cuesta el primer paso. ¡Valor! Recupera un poco de esa sorprendente audacia que tuviste un día de tu existencia. Ya ves cómo triunfó. No puede dejar de

triunfar de nuevo. Una vez supiste coger la ocasión por el pelo. Todavía la tienes hoy en tu mano. ¿Dejarás que se te escape? Sabes de sobra que la obra es bella, ¿no es cierto? Pues bien, cuéntala, sin miedo, sin ambages, con orgullo, en su majestuoso horror. Y, si quieres creerme, llega hasta el final de tu orgullo, sé ultrajantemente arrogante, y renuncia al seudónimo que parece ser tu nombre, para firmar con tu nombre, que parecerá un seudónimo. No es Jacques de la Mole, Antoine Guirland, ni siquiera Anatole Desroses, no es ese montón de desconocidos sin talento lo que hay que consagrar, solo eres tú, es Oscar Lapissotte».

Y una bella noche, Oscar Lapissotte se sentó delante del papel en blanco, con la cabeza ardiendo y la mano febril, como un gran poeta que se siente dispuesto a alumbrar una gran cosa, y escribió de un tirón la historia de su crimen.

Contaba los miserables comienzos de Oscar Lapissotte, su vida de bohemio, sus multiplicados fracasos, su mediocridad demostrada, sus terribles rencores, las ideas de suicidio y de crimen que danzaban en su cerebro, la efervescencia de un corazón engañado por la quimera y

que quiere vengarse en la realidad, toda una novela de psicología penetrante, la anatomía de su espíritu. Luego, con trazos sobrios y de una pavorosa nitidez, describía la escena de la Pitié, la escena de la calle Saint-Denis, la muerte del falso culpable, el triunfo del verdadero asesino. Entonces, con una sutileza de detalles curiosa y satánica, analizaba las causas que habían decidido al autor a publicar su crimen, y terminaba con la apoteosis de Oscar Lapissotte, que ponía su firma al pie de aquella confesión.

V

La obra maestra del crimen apareció en la *Revue des Deux-Mondes*⁶ y tuvo un éxito prodigioso.

Se puede tener una idea de ese éxito por algunos de los siguientes extractos de los artículos de crítica que saludaron su aparición:

«Todo el mundo sabe que bajo el seudónimo de Oscar Lapissotte (nombre de una fantasía quizá demasiado gala) se oculta un autor que se complace en este tipo de disfraces, el señor Anatole Desroses. Después de haber despilfarrado su talento en el pequeño periodismo, el señor Anatole Desroses acaba de darnos su verdadera medida. La novela está sacada de un drama judicial que ocurrió hace unos diez años en la calle Saint-Denis. Pero la imaginación del novelista ha sabido transformar

⁶ La *Revue des Deux-Mondes* empezó a publicarse el 1 de agosto de 1829, como revista mensual de «política, administración y costumbres», incluyendo bajo ese epígrafe economía, bellas artes, etc. Poco después de su salida comenzó a incorporar textos literarios de los mejores autores del siglo: desde Carmen de Mérimée hasta relatos de Dumas, Balzac, Musset, etc.

un vulgar asesinato en una sorprendente obra de intriga. Ni el mismísimo Gaboriau habría encontrado las complicaciones que ha inventado el señor Anatole Desroses. Daremos *La obra maestra del crimen* en nuestro número doble del próximo domingo» (Philippe Gille, *Figaro*).

«Mientras hablo de la gallina con arroz, debo decir una palabra sobre la carne de gallina que me ha puesto *La obra maestra del crimen*. Hay en el análisis de los sentimientos una punta de metafísica que me estropea un poco la fantasía realmente extraordinaria del relato. Pero ¿qué libro es sin defecto? Hasta la rareza de esos sutiles detalles es como un guiso agradable. Grimod de la Reynière y Restif de la Bretonne tienen esas mismas oscuridades divertidas. El señor Anatole Desroses es de su familia. Como ellos, ha escrito un fárrago de cosas desconocidas entre las que hay cincuenta páginas totalmente notables. Será el más célebre entre los olvidados y despreciados de nuestra época» (Charles Monselet, *Événement*).

«El autor de esta novelita no es un lírico como nosotros lo entendemos; pero tampoco un realista. Su genio fantástico tiene las alas de la oda. No obstante, hay

que confesar que Anatole Desroses es más bien un niño de pecho de las Euménides, de las perras sangrientas que ladran tras las huellas de Orestes, asesino de la gran Klytaimnestra, un niño de pecho de las gracias de hermosos senos. Pero ¿qué importa el terreno con tal de que se vea crecer el laurel?» (Théodore de Banville, *National*).

«¡Nada de remordimientos! ¡Ahí está el crimen de un ateo! Si un rayo de fe cristiana atravesase esas tinieblas, el señor Anatole Desroses podría pasar por el Dante del infierno moderno. No es más que el Disdéri. Pero es la fotografía en colores. Tiene la paleta. Escribe. Llega incluso a saber analizar. Quizá sondee entre los riñones de su generación, que los tiene muy enfermos» (Louis Veuillot, *Univers*).

«¡Obra maestra en efecto esta *Obra maestra del crimen!* ¡Y no tan crimen! Porque esa pluma tiene relámpagos de espada y filos de escalpelo. Propina terribles estocadas a la serenidad del crimen y lo corta como anatomía, aunque le cree una aureola de resplandecientes molinetes. ¡Se ve más claro, eso es todo! Por otra parte, es la claridad sulfurosa que despiden el ojo del diablo; y es también

el dedo del diablo, ese dedo furioso del señor Anatole Desroses levantando la ropa del crimen y mostrando el corazón humano sin hoja de parra. Me gusta este señor Anatole Desroses, que habría debido llamarse Desépines o Desorties; me gusta como un vicio» (J. Barbey d'Aurevilly, *Constitutionnel*).

Sarcey dio sobre *La obra maestra del crimen* una conferencia en el bulevar de los Capucines. Estableció comparaciones con Hoffmann y Edgar Allan Poe, abordó dos palabras del arte dramático a propósito de las preparaciones psicológicas que llevaban a las escenas del crimen, hizo una digresión sobre el género del vodevil, otra sobre la École Normale, una tercera sobre la esencia de la digresión y, finalmente, calificó al autor de un cuarto de genio, a la vez que le daba familiarmente unas palmaditas en el vientre.

En suma, hubo un concierto de elogios, aparte del alboroto inevitable de los envidiosos, de los imbéciles, de los burgueses necios y de otros viles gendarmes del periodismo.

VI

Sin embargo, en los artículos, incluso en los más elogiosos, había dos cosas que irritaron mucho a Oscar Lapissotte.

La primera fue que se empeñaban en tomar su verdadero nombre por un seudónimo, y en llamarlo Anatole Desroses.

La segunda, que se hablaba demasiado de su imaginación y no se destacaba lo bastante la verosimilitud de su relato.

Estos dos *desiderata* lo atormentaron hasta el punto de que olvidó toda la felicidad de su naciente gloria. Los artistas están hechos de tal forma que, incluso cuando la crítica los acuesta sobre un lecho de rosas, sufren si alguna hoja tiene el menor pliegue.

Por eso, un buen día, cuando un fulano felicitaba al gran hombre que había escrito *La obra maestra del crimen*

y le incensaba con todas sus fuerzas, el gran hombre le respondió a quemarropa:

—¡Eh!, señor, usted me felicitaría de una forma muy distinta si supiera el porqué de las cosas. Mi novelita no es una novela: es realidad. El crimen fue cometido tal como lo he contado. Y fui yo el que lo cometió. Me llamo con mi verdadero nombre, Oscar Lapissotte.

Decía esto fríamente, con una gran apariencia de convicción, soltando bien sus frases, como alguien que quiere ser creído.

—¡Ah, delicioso! ¡Delicioso! —exclamó su interlocutor—. La broma es de un lúgubre asombroso. ¡Es del mejor Baudelaire!

Y al día siguiente todos los periódicos contaban la anécdota. Pareció deliciosa la tentativa de mistificación por la que Anatole Desroses quería hacerse pasar por un asesino. Decididamente, era original y digno de interesar a París.

Oscar Lapissotte se puso furioso. Al hacer aquella terrible confesión, había actuado en cierto modo de

forma maquinal. Ahora tenía una necesidad real de ser creído por alguien.

Repitió su confesión a todos los amigos que encontró en el bulevar. El primer día aquello pareció divertido. El segundo día se pareció a una farsa monótona. El tercer día fue juzgado aburrido. Al cabo de la semana, terminó pasando por un imbécil total.

No sabía mantenerse a la altura de su reputación de gran hombre. Sus más fervientes partidarios le tomaron el pelo.

Este inicio de hundimiento lo exasperó.

—¡Ah, es demasiado fuerte! —dijo a los incrédulos, en pleno café—; nadie quiere prestar fe a lo que es la exacta verdad; nadie quiere reconocer que no solo he escrito *La obra maestra del crimen*, sino que también la he ejecutado. ¡Pues bien!, tendré el corazón limpio. ¡Mañana, todo París sabrá quién es Oscar Lapissotte!

VII

Fue en busca del juez de instrucción que había llevado el caso de la calle Saint-Denis.

—Señor —le dijo—, vengo a entregarme a la justicia. Soy Oscar Lapissotte.

—Inútil seguir, señor —le respondió el juez en tono amable—. He leído su novela, y lo felicito. Conozco además la excentricidad con la que usted se divierte desde hace ocho días. Tal vez otro se enfadase al ver que su broma llega hasta la magistratura. Pero amo la literatura y no podría odiarlo por intentar conmigo su ingeniosa farsa, porque esto me vale el placer de su conocimiento.

—¡Eh!, señor —dijo Oscar impacientado por aquellas cortesías—, ¡no se trata de ninguna broma! Le juro que soy Oscar Lapissotte, y que cometí el crimen, y voy a demostrárselo.

—Bueno, señor —replicó el magistrado—, va a ver usted lo acomodaticio que soy. Por curiosidad quiero

prestarme a ese juego. Lo escucho; le confesaré incluso que para mí será una fiesta ver cómo un espíritu tan sutil como el suyo puede arreglárselas para demostrarme el absurdo.

—¡El absurdo! Pero si lo que he contado es la verdad absoluta. El cochero no era culpable. Fui yo quien dispuso...

—Creo haberle dicho, querido señor, que he leído su novela. Si le complace contármela en persona, para mí será una alegría infinita. Pero eso no me demostrará nada en absoluto, sino lo que para mí está demostrado; a saber, que tiene usted una imaginación singularmente rica y extraña.

—Yo solo he tenido imaginación para cometer mi crimen.

—No para cometerlo; para escribirlo, querido señor, para escribirlo. Y mire, déjeme decirle todo lo que pienso al respecto: ha tenido cierto exceso de imaginación, ha sobrepasado los límites permitidos a la fantasía del escritor, ha inventado ciertas circunstancias que pecan contra lo verosímil.

—Pero si le digo...

—¡Permítame! ¡Permítame! Me permitirá que yo me reconozca alguna competencia en materia de crimen. Pues bien, le aseguro, con la mano sobre la conciencia, que su crimen no está maquinado de forma natural. El encuentro con la criada en la Pitié es algo que depende demasiado del azar. El cloral (permítame el juego de palabras) es duro de digerir. Y muchos otros detalles también. Como obra de arte, su novela es encantadora, original, bien maquinada, lo que ustedes llaman emocionante; y admito que usted, como escritor, ha tenido toda la razón al disfrazar la realidad de esa forma. Pero su famoso crimen en sí mismo es imposible. Mi querido señor Desroses, lamento hacerlo sufrir; pero, si lo admiro como escritor, no podría realmente tomarlo en serio como criminal.

—¡Es lo que vas a ver! —aulló Oscar Lapissotte saltando sobre el magistrado.

Tenía espuma en los labios, sangre en los ojos, todo el cuerpo sublevado por un ataque de cólera. Habría estrangulado al juez si no hubieran acudido al oír los gritos.

Se dominó al furioso, lo ataron y fue encerrado de inmediato.

Cinco días después lo llevaban a Charenton como loco.

—¡Ahí es adonde lleva la literatura! —decía al día siguiente no sé qué cronista—. Anatole Desroses ha hecho una vez, por casualidad, algo bello. Se ha visto tan turbado por ello que ha terminado por creer en la realidad de su sueño. Es la vieja fábula de Pigmalión enamorándose de su estatua. Aquel pobre Murger me decía un día... etc.

VIII

Y lo más espantoso es que Oscar Lapissotte no estaba loco. Tenía toda su razón, y solo era torturado por ella.

«Así tengo todas las desgracias —pensaba—. No quieren creer ni en mi nombre ni en mi crimen. Cuando muera, pasará simplemente por Anatole Desroses, un escritorzuko que tuvo la vena de imaginar un solo cuento bello; y se tomará por un personaje de novela a este Oscar Lapissotte, a este ser que soy, el hombre de sangre fría, de decisión, de acción, el héroe de la ferocidad, la negación viviente del remordimiento. ¡Oh!, que me guillotinen, ¡pero que se sepa la verdad! Aunque solo sea un minuto, antes de meter mi cuello en la luneta; aunque solo sea el tiempo de un relámpago, ¡quiero tener la certeza de mi gloria y la visión de mi inmortalidad!».

Trataban aquella exaltación mediante duchas.

Por fin, a fuerza de vivir en su idea fija, y en compañía de locos, enloqueció.

Fue precisamente entonces cuando lo despidieron declarándole curado.

Oscar Lapissotte había terminado por creer que era Anatole Desroses y que nunca había asesinado.

Murió con la convicción de haber soñado su obra y de no haberla «hecho».

EL ENEMIGO

El nombre grabado en aquella tarjeta de visita no despertaba en mí ningún recuerdo. En cambio, las pocas líneas trazadas a continuación de ese nombre enseguida consiguieron que el visitante desconocido se volviera irresistiblemente simpático para mí.

En efecto, esas líneas revelaban, tras un examen grafológico y sin la menor duda posible, un alma elevada, dolorosa y desesperada. Con toda seguridad, el hombre que había escrito esas líneas no mentía al afirmar que venía a pedir una ayuda moral y suprema.

Rechazar semejante petición, hecha por un alma como aquella, me hubiera parecido un verdadero crimen de lesa humanidad. Incluso en el caso de que aquel visitante hubiera sido un loco, cosa que no revelaba su escritura, yo tenía el imperioso deber de recibirlo.

Por lo tanto, lo recibí, no sin un presentimiento trágico, en el que, por otra parte, se complacía mi ansiosa y palpitante curiosidad.

El examen grafológico de aquella tarjeta no me había engañado sobre el hombre. Al verlo, desde que entró,

reconocí el alma elevada, dolorosa y desesperada que yo había leído de antemano.

Sus miradas decían más incluso que su escritura. Mostraban con mayor claridad un alma llegada a los picos más altos de la filosofía, descendida a los abismos más profundos del dolor, y acorralada en el último callejón sin salida de la desesperación más horriblemente desesperada.

—Señor —me dijo de repente el hombre—, no me tome por loco. No soy presa de un delirio de persecución. Cuando le haya contado de qué soy víctima, se verá obligado a reconocer que soy un verdadero perseguido y que tengo el enemigo más abominable que nunca haya sufrido nadie.

A pesar de la seguridad que él mismo daba, de manera tan enérgica, respecto a la solidez de su estado mental, a pesar de la seguridad que por otra parte me proporcionaba su escritura, que no incluía ningún estigma de demencia, confieso que de inmediato llegué a la conclusión de un caso de locura, precisamente en quien se defendía de ella, es decir, del delirio de persecución.

¿Qué apariencia había, en efecto, de que un hombre como aquel hubiera podido ser perseguido realmente por un enemigo sin encontrar el medio de librarse de él?

Su porte, sus sortijas, su coche de señor detenido delante de mi puerta indicaban una situación de fortuna que le permitía hacer frente a las persecuciones pecuniarias, y demostraban que, al menos de estas, no había sido víctima.

Su complexión, el orgullo viril de su rostro, la decisión de sus gestos y de su voz, la llama de valentía encendida en el fondo de sus ojos, a pesar de su tristeza, no denotaban a un cobarde, sino que más bien anunciaban, en cambio, a un hombre valiente incapaz de tolerar una injuria sin vengarse enseguida y con seguridad. Tenía, en fin, ese no sé qué en el que se barrunta al hombre feliz en el amor, consagrado por la naturaleza a hacer sufrir más que a sufrir. Además, no había hablado de una enemiga, sino de un enemigo; por lo tanto, no podía pensar que fuera una mujer la que había envenenado irremediablemente su vida.

Conclusión: el enemigo del que se quejaba debía de ser algún enemigo puramente imaginario, como los que se forjan los desdichados presa del delirio de persecución.

Todo lo que yo había pensado muy rápidamente él lo había leído sin duda en mis miradas, porque replicó así:

—No, señor, desengáñese. El enemigo que me ha llevado a la desesperación no es un enemigo imaginario. Es desde luego un hombre, de carne y hueso, un hombre como usted y como yo.

—Pero, en fin —dije—, ¿qué le ha hecho?

—¿Que qué me ha hecho? —exclamó—. ¡Ah, si usted lo supiese! Es atroz. Es el infierno. Es un infierno constante. Es un infierno que me sigue a todas partes y siempre.

Se había cogido la cabeza con las manos y la agitaba con violencia, como para hacer saltar fuera todos los fuegos de aquel infierno. Al mismo tiempo sollozaba. Evidentemente, iba a tener que vérmelas con un loco.

—Veamos —dije en tono suave—, cálmese un poco, se lo ruego, y deme precisiones. Sigo desconociendo la suprema ayuda moral que ha venido a pedirme, como indica su tarjeta de visita. Y, sin embargo, si debo darle esa ayuda, es preciso al menos que sepa en qué consiste, y en primer lugar, por consiguiente, qué le ha hecho a usted ese terrible enemigo.

El hombre se había calmado, había dejado de sollozar. Ahora hacía rechinar los dientes y mascullaba palabras de rabia.

—Mire, por ejemplo —dijo—, cuando he publicado versos, él me los devuelve con todas sus faltas subrayadas a lápiz, y de manera muy exacta.

—¡Bah! —le interrumpí—, eso no tiene nada de excesivamente cruel. Y si solo tiene esas quejas contra su enemigo...

—Cuando amo a una mujer —prosiguió—, y cuando soy amado por ella, me la vuelve odiosa y me hace a mí detestable a ojos de ella.

—¿Cómo lo consigue?

—Ese es su secreto.

—¿Cuál es?

—No tengo la menor idea. Lo único que sé es que ese verdugo logra sus fines, y que, gracias a él, mis amores más puros siempre han acabado en agua sucia.

De nuevo se puso a sollozar. De nuevo se recuperó, y luego, hizo rechinar los dientes con rabia.

—No obstante, si le dijese todo lo que se atreve a hacerme —continuó—, usted no me creería. Piense, y esto le demostrará hasta dónde llega su audacia de atormentador, piense que no puedo comer un plato que me guste sin que él escupa dentro.

Desde luego, y ya sin la sombra de la menor duda, era un alienado. Comprendió que yo lo pensaba y dijo tristemente:

—Lo veo, me toma usted por loco. A partir de ahora, es inútil que le pida la suprema ayuda moral que venía a buscar en usted.

Repliqué con una impaciencia que ya no disimulaba:

—Dios mío, señor, una de dos: o bien tiene usted la cabeza trastornada, y en tal caso no puedo hacer nada por usted, porque no soy alienista; o bien tiene todo su sentido, y en tal caso, si su enemigo, en lugar de ser imaginario, fuese totalmente real, sería usted el último de los cobardes por soportar...

No me dejó acabar mi frase. Un relámpago de alegría pasó por sus sombrías miradas. Exclamó:

—Sí, ¿verdad? Sí, eso es, ¡el último de los cobardes! En mi lugar, ¿se desharía usted de ese enemigo?

—¡Claro! —dije.

—Pero ¿cómo? —preguntó.

—El cómo no importa —repliqué—. Está el duelo. Están los tribunales. Eso depende de su gusto. En última instancia, está incluso el asesinato...

Se frotaba las manos, apretaba las mías, me daba las gracias; iba y venía repitiendo:

—Sí, sí, es la única solución. Lo mataré. Lo mataré.

De repente, dando un gran grito añadió:

—Está dicho. Voy a matarlo.

Y salió como una ventolera.

«Es un demente», pensé, volviendo a mi trabajo, y olvidando aquella media hora perdida.

¿Quién me hubiera dicho que, por el contrario, en esa media hora yo había visto el fondo tal vez de la verdadera sabiduría?

En efecto, esa misma noche, de la misma caligrafía que mostraba un alma elevada, dolorosa y desesperada, recibía la nota siguiente:

—He matado a mi enemigo. He matado «al enemigo». Le ruego que venga a verle y a reconocerlo.

Fui. El hombre se había suicidado con una bala en pleno corazón.

LOS OTROS OJOS

—Tenga cuidado, joven —le dijo con voz aflautada y dulce el abate Garuby—. Se lo aseguro, hace usted mal en querer intentar esa experiencia temible. Se expone a seguras y dolorosas desilusiones. Verá cosas extrañas, monstruosas, capaces de volverle loco, irremediablemente loco, después de haber cerrado lo que yo llamo «los otros ojos».

—No tema —replicó en tono orgulloso el joven—. Mi razón es sólida. Respondo de ella. Ha resistido la lectura de todas las metafísicas. En cuanto a mi corazón, es todavía más sólido, si es que es posible. Está hecho a prueba de desilusiones, absolutamente, puesto que no se hace ninguna ilusión sobre nada. Tiene usted, por tanto, todo el tiempo para abrirme, sin el menor escrúpulo, lo que usted llama «los otros ojos».

—Piense —prosiguió lentamente el abate Garuby— que los otros ojos le permitirán mirar en el alma misma de los seres.

—De eso precisamente tengo sed —respondió el joven—, de eso es de lo que tengo más sed, aunque solo sea para constatar por fin, *de visu*, si los seres tienen realmente alma.

—Será *de visu* como lo constatará —dijo el abate con una sonrisa—. Quiero decir que esa alma se le aparecerá bajo una forma. Pero, una vez más, la experiencia, créame, es temible. Porque, por lo general, esa forma es horrorosa. Ahora bien, supongamos que usted mira, con los otros ojos, el alma de alguien a quien ama (a su madre, por ejemplo...).

—Tengo la suerte —le interrumpió el joven—, la inestimable suerte de haber sido abandonado al nacer.

—Entonces —continuó complaciente el abate Garuby—, pongamos, si le parece bien, que mira el alma de su querida.

—¡Yo, una querida! —exclamó desdeñoso el joven—. Soy virgen.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó el abate frotándose las manos—. Es usted más fuerte de lo que habría pensado. Pues bien, imaginemos simplemente que los otros ojos revelan el alma de su mejor amigo.

—Del mejor al peor —declaró con decisión el joven— ignoro cuál es la diferencia; porque no tengo ningún amigo.

—Pues sí que es usted realmente fuerte, lo confieso —proclamó el abate Garuby, levantando las cejas con gesto de sorpresa—, y probablemente se encuentre en situación de afrontar la temible experiencia. Por lo tanto, no retrasaré más tiempo someterlo a ella, y aquí estoy a sus órdenes.

—¡Muy bien! —dijo el joven con una ironía taimada—, le confesaré a mi vez que me parece usted muy fuerte, y mucho más fuerte de lo que hubiera creído. Porque, no se lo ocultaré, misterioso y terrible abate, pensaba que, si se negaba a abrirme los otros ojos, sería sobre todo por temor a dejarme ver al desnudo, y en todo su horror, su alma, la de usted.

—En eso se equivoca, joven —respondió el abate Garuby con una profunda unción—. Mi alma, la mía, no es, en efecto, de las que se ven, ni siquiera con los otros ojos. Está situada en el infinito, y solo para percibir su centelleo se necesita un telescopio que usted aún no tiene,

por fuerte que sea. Pero dejemos ahí mi alma, por favor, y ocupémonos, sin más, de abrir en la suya los otros ojos.

Mientras decía esto, el abate Garuby había encendido de repente su tierna mirada habitual con la pálida y llameante fosforescencia que formaba, para la ocasión, un fogón magnético a los irresistibles efluvios de la hipnosis. Al mismo tiempo había impuesto sus manos de hielo en el cráneo del joven, hundiéndole en las sienes dos pulgares que parecían taladrar hasta el cerebro. Y, un instante después, un instante de una brevedad fulgurante, el joven sentía cerrarse sus ojos carnales y abrirse en él los otros ojos.

Y he aquí que delante de él, visible a aquellos otros ojos, surgía la forma de un alma, forma debidamente constatada *de visu*, como se lo había prometido el abate, forma extraña, monstruosa, de un horror tal que el desdichado estuvo a punto de caer patas arriba, en medio de un pasmo de repugnancia y de espanto.

En efecto, la forma de aquella alma no era más que una úlcera hecha de innumerables úlceras conglomeradas, aglutinadas, engendradas una de otra, copulando cada una con todas, en abominables y putrefactos champiñones

de lepra que bullían como nidos de víboras, exudando los venenos, los virus, el pus, la podredumbre, la hediondez, la muerte viviente y pululante, y manifestándose todos los horrores en una apoteosis de horror.

Y de todas aquellas figuras de pesadilla, que constataban perfectamente *de visu* que eran la forma de aquella alma, los otros ojos veían también su significación simbólica. Porque cada una de aquellas úlceras, facetas de la úlcera total, era un vicio encarnado bajo aquella figura, un vicio en acto o en potencia. Y todos los vicios estaban allí, todos, con todos sus matices y sus diversas combinaciones, multiplicándose sin fin en el prisma del espectro infernal cuyos siete colores esenciales son los siete pecados capitales.

Aterrorizado, con el corazón revuelto y la cabeza enloquecida, tratando inútilmente de cerrar en él los otros ojos que ahora ya no podía cerrar, el joven se preguntaba quién iba a liberarlo de aquella visión, y pensaba castañeteando los dientes:

—¡Solo el abate Garuby, por supuesto! Pero ¿querrá?

Luego, bruscamente, esa idea cruzó su mente, angustiada, atroz, más terrorífica todavía que su mismo terror, y prosiguió:

—No, no, el abate Garuby no lo querrá. Porque esa alma que ven mis otros ojos, esa alma cuya forma se me aparece, constatada *de visu*, esa alma de un horror inimaginable, es su alma, la suya, su alma, la del abate Garuby.

De pronto, volviendo a sentirse fuerte, irguiéndose en su orgullo, sintiéndose exaltado hasta el heroísmo, el joven exclamó:

—Alma espantosa, alma horrible, alma del abate Garuby, no es en el infinito donde estás situada, y se necesita un telescopio mágico para percibir tus centelleos de astro maldito. Te veo. Eres tú el que estás aquí, delante de mis otros ojos. Pero ya no quiero verte. Tú, tu horror, el espanto y la repugnancia que siento, y tus úlceras, y tu forma en las facetas de los vicios, y la plenitud de tus abominaciones en el prisma de los siete pecados capitales, y tú, en fin, alma y cuerpo, tú, misterioso, terrible e infame abate Garuby, ¡yo te aniquilaré; ya

que no pueden aniquilarte mis otros ojos, te aniquilaré, monstruo, monstruo, sucio monstruo!

En la mano del joven, entre sus dedos que se crisparon sobre ella, habían puesto la empuñadura de un arma. ¿Quién había dejado junto a la palma de su mano aquel mango de hacha? No lo sabía. Ni siquiera se preocupó por averiguarlo. Sus dedos se habían crispado sobre el mango. Ya blandía el hacha. Ya giraba en el aire, silbando, reluciente, fulgurante.

Y, mientras, en un rincón del cuarto el abate Garuby asistía a aquel espectáculo de demencia, con su habitual mirada apagada, frotándose las manos y riendo con una burlona risa silenciosa, el joven, enloquecido, feroz, heroico, con sus ojos carnales abiertos de nuevo de par en par y estúpidamente despavoridos, contemplaba los trozos rotos del espejo en donde sus otros ojos habían visto, hacía un instante, la forma de su alma, de la suya.

“ Observé un día dos retratos bastante bellos que atrajeron mi atención precisamente por su intensidad de vida...

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA